

A close-up photograph of a vibrant red rose, with its petals tightly curled and showing some natural texture and slight discoloration. The lighting is soft, highlighting the depth of the red color.

Marqués de Sade

**Historia secreta  
de Isabel de Baviera**

Literatura Erótica

 libros  
en red

# Historia secreta de Isabel de Baviera

Marqués de Sade

Colección  
Literatura Erótica



[www.librosenred.com](http://www.librosenred.com)

Dirección General: Marcelo Perazolo  
Dirección de Contenidos: Ivana Basset  
Diseño de cubierta: Emil Iosipescu  
Diagramación de interiores: Federico de Giacomi

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital  
© LibrosEnRed, 2006  
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite [www.librosenred.com](http://www.librosenred.com)

# ÍNDICE

<b>Prefacio del autor</b>	<b>5</b>
<b>Historia secreta de Isabel de Baviera, Reina de Francia</b>	<b>12</b>
Introducción	13
Primera parte	22
Segunda parte	67
Tercera parte	137
<b>Nota</b>	<b>207</b>
<b>Acerca del autor</b>	<b>208</b>
<b>Editorial LibrosEnRed</b>	<b>209</b>

## PREFACIO DEL AUTOR

QUE ES ESENCIAL LEER PARA LA COMPRENSIÓN DE LA OBRA

Ya sea por ignorancia o por falta de ánimo, ninguno de los autores que escribieron la historia del reinado de Carlos VI colocaron a su mujer, Isabel de Baviera, en el indiscutible lugar que le correspondía; sin duda pocos reinados ofrecían tanto interés, en pocos se cometieron tantos crímenes, y como si se hubiesen empeñado en disfrazar las verdaderas razones de la emoción que inspira y las verdaderas causas de las iniquidades que lo mancillan, contaron sin profundizar, recopilaron sin verificar, y hemos continuado leyendo en los historiadores modernos simplemente lo que nos dijeron los antiguos.

Sin embargo, si todas las ciencias se extienden por el estudio, si los nuevos descubrimientos sólo se consiguen a fuerza de búsquedas, ¿por qué la historia no podría esperar de igual modo ventajosas mejoras en el conocimiento de estos hechos, que únicamente serían como en otra parte el fruto de nuevos estudios?

Se nos dice que los autores contemporáneos son siempre los que deben tener los derechos más firmemente establecidos a nuestra credulidad: vieron, entonces debemos creerles. Sin duda se objetará que la opinión que sostenemos es paradójica, y ésta es que precisamente porque vieron son menos dignos de fe, y que cuanto les establece tal reputación a los ojos del vulgo es justamente lo que se la quita a los nuestros. Los que sostienen lo que refutamos no se han detenido nunca a reflexionar que ningún historiador se equivoca con tan frecuencia como los que pretenden haber visto, no se trata en absoluto de que tengan mejores razones para disfrazarnos la verdad de los hechos que escriben: pues si tienen que pintar unas virtudes trazándolas bajo los reinados que las hicieron paecer, se les tacha de aduladores; si son crímenes lo que tienen que revelarnos los historiadores, ¿se atreverán a hacerlo bajo los príncipes que los cometieron?

Así pues, ¿para contar bien una cosa, es esencial no haberla vivido?

No es eso exactamente lo que decimos, lejos de ello: certificamos únicamente que para escribir historia es necesario que no exista ninguna pasión, ninguna preferencia, ningún resentimiento, lo que es imposible evitar cuando a uno le afecta el acontecimiento. Creemos simplemente poder asegurar

que para describir bien este acontecimiento o al menos para relatarlo justamente, es preciso estar algo lejos de él, es decir, a la distancia suficiente para estar a salvo de todas las mentiras con las que pueden rodearle la esperanza o el terror, las ganas de complacer o el terror de perjudicar; el autor que escribe la historia del reinado en que ha vivido, ¿no se priva de cuanto la verosimilitud o las probabilidades pueden establecer como bases a su relato, y de todas las fuentes que puede agotar en los materiales que la prudencia le arrebató y que solo llegan a él cuando se han destruido los motivos que se los habían substraído antes?

No hay nada paradójico, pues, en sostener que la historia de un siglo se escribirá siempre mucho más fielmente durante el siglo siguiente a los hechos que se relatan que no en el mismo en que sucedieron.

Otra verdad de las más constantes es ésta: el mismo grado de calor y de imaginación que se precisa para componer una novela, se necesita igualmente de calma y sangre fría para escribir historia; ¡la obligación de los escritores, que tratan uno u otro de estos géneros, es por otra parte tan diferente! El novelista tiene que pintar a los hombres como deberían ser; es tal como fueron como debe presentárnoslos el historiador: al primero, con todos los rigores, se le dispensa que invente crímenes; es preciso que el segundo nos describa los que caracterizan a sus personajes: el historiador tiene que decir y no crear nada, mientras que el novelista puede si quiere decir únicamente lo que ha creado.

De esta diferencia muy cierta parece la que debe existir en los motivos que les impulsan a escribir al uno y al otro; pues esta admitida distinción necesita, como se ve, tanta pasión, tanta energía en el que únicamente escribe lo que le dicta su imaginación, como estudio y reflexión en el que sólo nos transmite acontecimientos conocidos; mas, es preciso que en primer lugar conozca bien esos acontecimientos que quiere pintar, es necesario que utilice todos los medios de que disponga para profundizar en ellos, para analizarlos, incluso para hacerlos derivar unos de otros, cuando las verosimilitudes de más fuerza le obligan a establecer relaciones, que no le proporcionan sino a medias, o con frecuencia de ninguna manera, sus búsquedas, incluso las más extensas.

Pero aquí tenemos la novela, dirán entonces esos a los que nuestro sistema no persuade. En absoluto, pues solo con las verosimilitudes el historiador une el hilo que encuentra roto, y solo con la imaginación el novelista anuda el suyo. Ahora bien, quien dicta las verosimilitudes no es de ninguna manera el fruto de la imaginación; el trabajo al que el escritor se abandona es entonces el resultado, no del extravío del espíritu, sino de su precisión, y esta diferencia es enorme.

No tememos repetir que es preciso que los hechos de la historia se purifiquen en la noche de los tiempos; si ven la luz en la época en que sucedieron no serán nunca fieles; el que escribe la historia de un siglo en el mismo siglo en que sucedieron los acontecimientos que explica, tiene necesariamente, las virtudes o los vicios de su siglo, y entonces nos relate la propia historia de su corazón en lugar de la de sus héroes; pinta a estos como el querría que fuesen, o como teme que no sean, y se establece necesariamente una parcialidad. Todo cuanto se escribe a la mayor distancia posible tiene más crédito y certeza: enfriados por el hielo de los siglos, los hechos adquieren entonces esa madurez, esa sabiduría que es únicamente el fruto de la vejez: ¿vemos hoy las ignominias, los crímenes, a los Tiberios y a los Nerones con los mismos ojos como nos los transmitieron aquellos a quienes motivos particulares obligaban a describirlos bajo los más negros tintes? Tácito ante su elevación a Vespasiano estaba muy seguro de halagarle poniendo sus virtudes en oposición con las atrocidades de los que acababan de reinar; parecía decir a su protector: eres mucho más importante que tus predecesores; ¿y no era para que el contraste fuese aun más perfecto que les ennegrecía de tal manera?

Suetonio para cometer las mismas faltas tuvo más o menos las mismas razones. Y los excelsos hechos de los Alejandro, de los Tamerlanes, de los Carlos XII, incluso ese siglo más cercano, ese siglo augusto de Luis XIV, ¿nos deslumbra hoy todo eso como entonces...? ¡Qué diferencia!

¿Pero se dirá un día lo mismo de nosotros...? No, porque lo que nosotros reprochamos a esos historiadores es haber visto como lo hicieron, sólo porque estaban demasiado cerca de los tiempos de los que escribían la historia, mientras que nosotros revelamos únicamente los hechos que hemos descubierto, porque los que vivían entonces no los habían visto ni quizá habían podido verlos.

El siglo escribe, la posteridad juzga, y si quiere escribir todavía, es mucho más sincera que el contemporáneo. Pues, desligada de toda clase de interés, pesa los hechos en la balanza de la verdad, y el otro nos los transmite en la de sus pasiones...

Pero vayamos a lo que nos interesa; ya es hora de ello. La historia del reinado del Carlos VI, uno de los más interesantes de nuestra historia, es también uno de los más descuidados; nada se ve en él, nada se aclara, no se revela ninguna cause, se mueven cantidad de resortes, sin que nadie se tome la molestia de hacernos fijar los ojos en la mano que los movía. Este descuido, si se le quiere prestar atención, acerca de tal manera a la fábula este reinado extraordinario, que pierde por completo el sublime interés que tendría que inspirar. Mil invectivas se lanzan contra la reina Isabel sin que

apenas se molesten en decirnos por qué título esta mujer sorprendente podía merecerlas. Lo poco que se conocía de ella hacía que la mirasen incluso como un personaje episódico, y esto, en una historia en la que únicamente ella desempeña el primer papel: se contentan con insultarla, con tratarla a la vez de malvada, de incestuosa, de inmoral, de adúltera, de madrastra, de vengadora, de envenenadora, de infanticida, etc., casi sin indicios y sin pruebas. Se ve que los que escribieron sobre este reinado, siguiéndose como los corderos conducidos por el morueco, dijeron cuanto les habían dicho los otros, y escribieron cuanto habían copiado escrupulosamente en las memorias infieles o insuficientes de este siglo; y como los principales materiales de esta historia les faltaban, como los antiguos no habían podido consultar unas piezas que se les escondían con sumo cuidado, y como los modernos no las buscaban en absoluto, porque encontraban mucho más simple transcribir que no compulsar, no tenemos de ese reino tan singular sino débiles copias calcadas sobre informar originales.

Desde este momento, se creyó que todo estaba dicho, mientras que la verdad, es decir la cualidad más esencial de la historia, no había sido ni abordada. Era preciso, pues alcanzarla, esa verdad temible; más a fondo que los que lo probaron en primer lugar, nos creímos en condiciones de hacerlo, porque teníamos bajo nuestros ojos lo que les faltaba a los otros para conseguir el fin deseado. El azar y algunos viajes literarios nos proporcionaron estos medios, uno de cuyos principales se encontraba en el interrogatorio de Bois-Bourdon, favorito de Isabel y quien, condenado a muerte por Carlos VI, reveló en los tormentos del cuestionario toda la participación de Isabel en los crímenes de este reinado. Ese documento esencial, así como el testamento del duque de Bourgogne muerto en Montereau, se depositó en los Cartujos de Dijon en cuya iglesia, la casa de Bourgogne, tenía su sepultura; fue allí donde recogimos todo cuanto necesitábamos de esos documentos importantes, que la imbécil barbarie de los vándalos del siglo XVIII laceró como los mármoles de esas antiguas tumbas cuyos fragmentos al menos se conservan aún en el museo de Dijon; pero los pergaminos fueron quemados.

Con respecto a otros documentos auténticos que sirven de apoyo a los relatos de este reinado, extraídos de fuentes también puras, tenemos cuidado de indicarlos a medida que los empleamos.

A las ganas que teníamos de descubrir la verdad donde quiera que se escondiese, se unió, lo confesamos, un deseo mucho más delicado aún, el de disculpar, si era posible, a una mujer tan interesante como Isabel, tanto por las gracias de su persona, como por la fuerza de su espíritu y la majestad de sus títulos; de disculparla, decimos, si eso podía hacerse, de los reproches



vergonzados con que se la cargaba, y de no encontrar crímenes sino en sus delatores. Esta penosa tarea era gloriosa sin duda, y sobre todo si el éxito hubiese coronado nuestros esfuerzos; pero demasiado clarividentes por las pruebas sin número que adquiriríamos todos los días, no nos ha quedado sino compadecer a Isabel y decir la verdad; ahora bien, esa verdad es tal que se puede afirmar con razón que no corrió ni una sola gota de sangre, en este terrible reinado, que no hubiese sido derramada por ella; que no se cometió un solo crimen del que ella no fuese la causa o el objeto.

Únicamente los historiadores son pues los culpables de habernos disfrazado la mano que movía los resortes que veían moverse, sin aclarar como acabamos de decir el verdadero agente de su dirección. Ahora bien, este agente supremo era Isabel, y las pruebas que damos de este aserto se encuentran en los documentos que citamos y en algunas probabilidades indispensablemente nacidas de la reunión de los hechos, a veces interrumpidos en estos documentos, pero que restablecen en seguida las luces de una sana crítica y de una discreta verosimilitud: pues sabemos que lo verdadero no es siempre verosímil; pero es muy raro que lo verosímil no sea verdadero, o al menos no este revestido de todas las propiedades de lo verdadero. Se puede pues emplearlo en defecto de lo verdadero, pero con prudencia entonces, ya lo sabemos, y la nuestra es tal sobre este punto que no la hemos usado nunca sino en el caso en que era absolutamente imposible que la cosa pudiera ser de otra manera, porque la que la había precedido estaba en una dirección, que era absolutamente preciso que la que derivaba de esta primera tuviese una tendencia inevitablemente análoga.

¡Ay! ¡Cuántas verdades mucho más esenciales para la felicidad de la vida sólo cuentan con la verosimilitud! Ahora bien, si la verosimilitud, en defecto de títulos, puede captar nuestro asentimiento en lo que la vida tiene de más serio, ¿por qué no tendría los mismos derechos cuando se trata de sucesos únicamente útiles para nuestra instrucción?

Muchas dificultades cubrían nuestro trabajo; una de las más penosas, sin duda, era la de encontrarnos perpetuamente entre el terror de decir demasiado o el de no decir bastante. Necesariamente hubiésemos perecido contra los escollos, sin el extremo deseo de vencerlo todo, para que otros compartiesen la sorpresa indecible que sentíamos, al descubrir tramas tan bien urdidas, y a su lado, la increíble apatía de aquellos que ni se habían dignado a darse cuenta de ello... ¿Cómo se atreven a escribir la historia con esta imperdonable negligencia? ¿Cómo puede ser uno tan poco celoso de su propia reputación? ¿Cómo no se teme más la vergüenza de engañar a los otros?

¿Había algo más lamentable, por ejemplo, que no continuar consecutivamente la intriga de la reina con el duque de Bourgogne, desde el momen-

to en que se rompen los lazos que la encadenaban al duque de Orléans? ¡Qué!, señores recopiladores<sup>1</sup>, nos ofrecéis, cien páginas después, Isabel como la más ardiente amiga del duque de Bourgogne, desde que perdió al de Orléans. ¿Y no os atrevéis a decir ni los motivos que eran la continuación de esta nueva unión ni los que la establecieron? A falta de ser guiado por vosotros, es preciso que el esforzado lector se empeñe en gran manera para aclarar las verdades que no habéis tenido la valentía de decidir, dictadas sin embargo, por el buen sentido, demostradas por la verosimilitud, y que no tenían incluso necesidad para convencer de las pruebas que aportamos... ¿Y llamáis a esto escribir historia...?

Este género literario tan sagrado, porque a partir de él la posteridad juzga y se conduce, ¿os atrevéis a escribirlo con esta inconcebible pereza...? Una conducta tal, confesémoslo, deshonra de igual modo al escritor que se la permite, como perjudica al lector lo suficientemente bueno como para abrir sus libros con la intención de creer y que, engañado muy pronto, no los ha leído sino para extraviarse.

Antes de terminar esta digresión, quizá debemos dar algunas excusas, por haber empleado a veces la fisonomía de la novela en la verdadera narración, sin duda alguna de los hechos que van a leer; y esto, unido a los nuevos detalles de esta narración, no dejará de merecernos la acusación de novelista, por los que sin querer creer nunca cuanto dijeron nuestros padres, tratan de fantasías todo lo que añaden los hijos de esos padres..., de esos padres con frecuencia demasiado crédulos.

Vamos a responder a estos dos reproches y de esta manera nos evitaremos volver sobre el asunto, si la acusación tenía lugar.

Nada puede ser tratado de fabuloso en la historia que presentamos hoy, puesto que es por medio de pruebas auténticas que mostramos los hechos nuevos, de los que nadie nos había hablado aún.

Con respecto al giro novelesco empleado a veces, si nos lo hemos permitido, es porque, en una historia tan singular como esta, hemos creído que un sabio y acertado empleo de la forma de la novela sólo podía añadir interés al que los personajes de este drama sangriento inspiran y que colocándoles en escena en una línea más cercana a nosotros, y poniendo sobre todo su diálogo en acción mejor que en relato, todo cuanto dicen resultaría mucho más conmovedor. Si a veces nos hemos permitido, pues esta licencia, se nos concederá que no hemos abusado de ella, porque sabemos muy bien que

---

<sup>1</sup> Monstrelet, Mézerai, el abad de Choisy, Le Laboureur, la señorita de Lussan, Villaret, etc., todos cometieron la misma falta.

un uso demasiado frecuente de esta manera de escribir la historia perjudicaría infaliblemente su dignidad. Era preciso conocer a Isabel, y ciertamente, se la conoce mejor cuando se la hace hablar que cuando se describe fríamente lo que ella dijo.

Con respecto a las arengas y discursos, ¿cuáles son los escritores tanto antiguos como modernos, que no las han compuesto cuando sus personajes no las pronunciaban? ¡Cuanta fuerza prestan a la verdad de los hechos!, y quien no prefiere oír decir a Enrique IV: «Franceses, seguid esta enseña, la veréis siempre en los campos de la gloria», que no el relato que hubiese podido hacer el mejor historiador asegurándonos que este buen rey había dicho que era preciso seguir su enseña para llegar a los campos de la gloria<sup>2</sup>.

En general, pintamos para interesar, y no contamos, o si nos vemos obligados a contar, que sea siempre pintando. Quizá debemos decir aún unas palabras sobre la necesidad con que nos hemos encontrado con suma frecuencia de enlazar la historia de Francia en la de nuestra heroína, pero ¿no estaba Isabel demasiado íntimamente ligada a los acontecimientos de su pueblo, para que no fuese imposible ocuparse de ella, sin hablar, al menos al mismo tiempo, del siglo en que vivía? Este escollo era inevitable, y estamos lejos de temer que la historia de una reina de Francia pueda enfriarse detallando los acontecimientos de un reinado en el que ella participó de una forma tan intensa.

---

<sup>2</sup> «Nunca –dijo Mably– habrá una historia que sea a la vez instructiva y agradable sin arengas. Trate de suprimirla en Tucídides, y se encontrará con una historia sin alma» *Manera de escribir la historia*, p. 146.

# Historia secreta de Isabel de Baviera, Reina de Francia

En la que se encuentran hechos extraños, desconocidos, o que permanecieron en el olvido hasta el presente, y cuidadosamente extraídos de manuscritos auténticos, alemanes, ingleses y latinos.

## INTRODUCCIÓN

*Buscaré la verdad a través de las tinieblas  
en que se esconde.*

Mably.

Carlos V, al subir al trono, encuentra a Francia sumida en el decaimiento y en la desolación; y, casi sin salir de su palacio, este monarca, justamente llamado «El Sabio», pone remedio a todo gracias a la feliz elección de sus ministros y de sus generales. ¿Era posible que Francia no triunfase, en efecto, cuando Duguesclin conducía sus guerreros al combate? Sólo el destello de ese gran hombre pone en fuga a los perpetuos enemigos de nuestro feliz país, que, creyéndose siempre hechos para vencer, no saben ni salvaguardarse del valor de un pueblo, menos orgulloso quizá, pero con tantas razones de serlo, por lo menos, por igual.

Francia perdió bajo el reinado del rey Juan todo cuanto Felipe-Augusto conquistó a los ingleses: Carlos V lo recupera valiéndose de su política y de la fuerza de sus armas. Mientras trabaja para la gloria del estado, Carlos no descuida nada que pueda aumentar la de las letras; un gabinete de novecientos volúmenes se convierte en la tuna de esta magnífica biblioteca que hace hoy la felicidad de los sabios y causa la admiración de Europa. Por otra parte, disminuye los impuestos, mejora las finanzas; se encontraron diecisiete millones en sus arcas. Esta suma, sorprendente para el siglo en que se economiza, solo es el fruto del fomento que este buen príncipe dio a la agricultura y de la actividad que imprimió al comercio, verdaderas riquezas de un estado que, encontrando entonces todos sus recursos en su seno, no teme ya ni a las desgracias de la guerra que los absorben o los disminuyen, ni a las plagas del cielo que los agotan o desnaturalizan. A Carlos le gustan los consejos, y no escucha en absoluto a sus cortesanos. Esos engañan, aquellos dirigen los perfumes de la adulación, obscurecen la luz de la razón, y el individuo que la suerte coloca en un trono tiene que preferir siempre, si es sabio, la llama que ilumina al incienso que embriaga.

Un día el chambelán La Rivière alaba al rey por la felicidad de su reinado. «Amigo mío –responde Carlos–, sólo con la certeza de haber logrado la de mi pueblo podré creer en la mía.»

Hace algo más que lograr la felicidad de ese pueblo, único objeto de sus solicitudes; sabe colocarlo de nuevo en su lugar, hacerle mantener el rango que tiene que ocupar en Europa, ya sea liberando a sus provincias del yugo de Inglaterra, ya sea fomentando una marina bastante formidable para que sus fuerzas del mar puedan estar en armonía con las que le ennoblecen en el continente.

¿Por que el cielo no colma a un príncipe tal de todos los favores que tendrían que estarle reservados y por que no deja su trono a un hijo que, sin tener las virtudes de su padre, tenga al menos la fuerza de llevar por sí mismo las riendas de un gobierno? ¡Cómo tiene que sufrir el que se encuentra abandonado a un niño, al que es preciso asociar regentes y maestros!

Carlos VI tiene apenas doce años cuando pierde al autor de sus días que, sin poder infringir ni las leyes del estado ni las de la progenitura, deja la regencia al duque de Anjou, el más ambicioso y el más pródigo de los hombres, por los cuales es detestado a la vez por sus vejaciones y despreciado por su inconstancia. Se trata de disminuir su autoridad, Carlos lo sabe, y quiere en consecuencia que su hijo sea inmediatamente consagrado en Reims y que éste gobierne después en su propio nombre, ayudado únicamente por los consejos del regente, a quien asistirán el duque de Bourgogne como tutor, los de Bousbon y de Berri, el primero como encargado de la educación, el segundo en su cualidad de superintendente de los palacios.

Tras tomar estas disposiciones, Carlos al ver que se acercan sus últimos instantes se rodea de estos guías tan preciosos a los que abandona el cuidado de su hijo.

«Sois los tíos del niño que va a subir al trono que le dejo –dice a estos príncipes reunidos en torno de su lecho fúnebre–, os confío la felicidad de Francia y la suerte de mi hijo. Decidle sin cesar que este doble interés se resume en uno, y que solo en la felicidad de su nación puede un día encontrar la suya. No es únicamente por si mismos por lo que el cielo coloca a los reyes por encima de los hombres; les coloca en ese altura con el fin de que juzguen mejor lo que puede ser más útil a su país; el Dios que los eleva así quiere que sean su imagen sobre la tierra, y sólo con estas condiciones les acercara a sí un día. Nunca el pueblo se subleva contra el soberano al que ve ocupado en la tarea de hacerle feliz. ¡Y esa felicidad es tan fácil conseguirla! Decid a Carlos que no deponga la espada que sirve para la defensa, pero que su mano no se sirva de ella nunca para unas conquistas con frecuencia fatales y siempre inútiles. Una victoria es una plaga cuando la sangre que cuesta no se derrama por la felicidad del pueblo: solo se convierte en un triunfo cuando contribuye a ella. Esos son los únicos laureles que permito a mi hijo: adornad su frente con roble, cuando no podáis ceñirlo con estos.

Dejando a su lado unos principios tan razonables, desciendo a la tumba lleno de esperanza: haced que mi sombra no venga un día a reprocharlos que hayáis justificado mal mi confianza. Son espantosos los reproches del ser que ya no existe, y por hirientes que fuesen los remordimientos que os harían nacer no me vengarían sino a medias.»

Estas fueron las últimas palabras de un príncipe sabio; eran terribles sin duda, ¿pero tenían que apagar las pasiones de los que no habían hecho otra cosa que escucharlas?

Apenas Carlos V cierra los ojos el duque de Anjou siente hasta que punto se convierte para él en importante el aprovecharse de una autoridad que limitan tan sabiamente las últimas voluntades del difunto rey; se apodera del tesoro; no contento con dejar subsistir los impuestos, los aumenta, se convierte por esta culpable conducta en la inevitable causa de las sediciones populares de las que veremos en seguida las consecuencias.

Berri, colega del de Anjou, tiene todos los defectos de su hermano, y quizá hubiesen producido los mismos efectos, si no hubiesen estado paralizados por una estúpida indolencia, o si hubiesen estado sostenidos por más poder.

El duque de Bourgogne tiene grandes cualidades: afable, magnífico, liberal; si ulcera los corazones en secreto, los seduce por lo menos en público.

Bourbon es mejor quizá; pero su debilidad y su moderación perjudican a sus virtudes. El orgullo está permitido a los talentos; los educa y los nutre.

El regente, mucho menos ocupado de los cuidados del estado que del deseo de reinar en Nápoles donde la reina Juana le llama, sólo ve en el poder que adquiere en Francia otro medio para la consecución de sus proyectos. Al precio de los tesoros robados a su nación quiere conquistar otra; y al augusto pupilo que se le confió prefiere despojarle que instruirlo.

Funestos efectos de la ambición, ¿destruiréis, pues, siempre las virtudes?

Es muy raro que un precipicio se abra a los pies de un pueblo, sin que este se de cuenta de ello. Al descubrirlo París, se atreve a permitirse excesos de todo genero, que no reprime una autoridad que se encuentra demasiado dividida para no haber perdido su fuerza. Se convocan unos Estados generales que siguiendo la costumbre, sólo sirven para preparar nuevas desgracias y para cimentar las viejas.

Una parte de los cuidados que tomó Carlos V para restablecer a Francia es precisamente lo que precipita su subversión.

Carlos gastaba a lo más un millón doscientos mil francos para el sostenimiento de su casa: el regente precisa seis millones para el sostenimiento de

la de un niño al que se permite que le falten las primeras necesidades de la vida. Si el pueblo, como acabamos de decir, se agita ante el aspecto de tantos desórdenes, los soldados se revolucionan en igual manera: privados de su sueldo, asolan los campos, la insubordinación se convierte en general; por una política odiosa, cansado de reprimir en vano los abusos, se prefiere destruir que calmar a los que reclaman, y estos bravos guerreros, esos valerosos compañeros de Duguesclin son licenciados para castigarles por haberse atrevido a quejarse. ¿Tenían que, por unas faltas tan burdas, privarse de una fuerza tan útil al esplendor de un estado, y a la que puede llamarse su alma, puesto que sostiene a todos los miembros?

Al fin se coronó a Carlos VI el 13 de noviembre de 1380, con toda la magnificencia posible en un siglo en el que quien sostiene las riendas se ocupa mucho más de sus propios intereses que de la gloria de su pupilo. Pero el fuego de la sedición empezaba a encenderse, por ello no se atreven a atravesar la ciudad al regreso de la ceremonia; al darse cuenta de que le temen, el pueblo se irrita aun más; con un zapatero remendón por jefe y por orador, se dirige en tropel al palacio, y pide a grandes gritos la abolición de los impuestos. El canciller y el duque de Bourgogne calman los espíritus durante veinticuatro horas, al cabo de las cuales se levantan con más energía. El rey cede, se derogan los impuestos; pero la insolencia crece donde la fuerza se debilita; se pide la expulsión de los judíos, la ruina de los financieros, y se saquean sus casas mientras esperan. Desde este momento el estado está a punto de disolverse; se convoca una nueva sesión de Estados generales, y nuevas perturbaciones son la continuación de la misma. El pueblo se reúne por la noche; la sombra favorece al crimen; se cometerían muchos menos, si la antorcha del día no se apagase nunca.

Pero como los que componen estas asambleas sólo se dicen enemigos de los abusos cuando estos no les sirven ya, nada mejora, y todo se envenena. El duque de Bretagne se aprovecha de estas perturbaciones para llamar a los ingleses, y cuando aparecen, ya no sabe como recibirles. Al fin, se alía con ellos; pero el honor habla todavía en el corazón de sus vasallos; todos declaran al duque que sus armas se volverán contra él mismo si quiere arrastrarlos consigo en este tratado vergonzoso. Esta noble resolución devuelve a Francia un vasallo infiel: el duque promete servir a su patria contra los ingleses, promete ir a París para rendir homenaje al nuevo soberano; pero por una indigna traición, tan pronto como acaba de hacer estas promesas el pérfido bretón jura a los ingleses que nunca se aliará a Francia cuando estas dos naciones estarán en guerra.

Política demasiado peligrosa de los soberanos. ¿Serán, pues, siempre los pueblos vuestras víctimas?



Reina entonces un gran parecido entre Francia e Inglaterra; estos dos reinos igualmente gobernados por niños son igualmente presa de las concusiones de los tíos que dirigen su juventud. En Francia, el de Anjou lo sacrifica todo al deseo de ser rey de Nápoles; la ambición de reinar en España convierte al duque de Lancaster en culpable de los mismos errores en Inglaterra, y la desgracia de uno y otro pueblo es el resultado de estas pretensiones extranjeras.

Sin embargo, los impuestos se restablecen; temblando se realiza la proclamación.

La irritación de los Parisienses se redobla a medida que comprenden que se les teme; destrozaron a los primeros exactores; gritan e incitan a las armas, se invoca la libertad, se tienden las cadenas, a los que quieren hacer pagar, se les persigue hasta el interior de los templos donde se refugian. Se apoderan del Palacio Municipal y de todas las armas que encuentran en él, y envalentonados con estos socorros, los revoltosos inundan las calles, robando y asolándolo todo bajo el vano pretexto de que sólo quieren mal a aquellos de los que tienen que quejarse. El desorden llega a su cúspide; ningún ciudadano está seguro; no hay asilo en ninguna parte; las casas se derriban; se abren las cárceles, los malhechores que se escapan de ellas van a aumentar la turba impía de estos descontentos desenfrenados. Corre la sangre y el pretexto del bien es, como en todas las revoluciones, la causa inmediata del mal.

Al fin los oficiales municipales arman a diez mil hombres en la capital; todos los partidos van a mezclarse para estrangularse indistintamente.

Pero la autoridad se despierta. El rey, que por aquel entonces estaba en Rouen, se dirige a París; esta ciudad rebelde va a sufrir la pena que merece, y sin la gracia pedida para el pueblo por los buenos ciudadanos, la destrucción de París era inevitable. Se acuerda una amnistía; de ella se exceptúa únicamente a los instigadores de las perturbaciones; pero el pueblo quiere entera gracia; esta dispuesto a volver a empezar si se mantienen estas excepciones; se ven obligados a mandar ahogar secretamente a los culpables. Estos son los productos de la debilidad del Príncipe y de la sórdida avaricia de los que le gobiernan.

El rey consiente en regresar, si París abandona esa apariencia de imposición que le sienta tan mal. Esta proposición enciende de nuevo las antorchas de la discordia; el patíbulo castigará a quienes la aceptarán. El regente furioso inunda de tropas los alrededores de la capital... tiembla al fin, pero el de Anjou, que sólo desea dinero, no quiere renovar la amnistía sino recibe cien mil escudos, y uniendo esta suma a todas las que hurtó o exigió de todas

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

